

Artículo

El proceso formativo del Partido Socialista de Chile: estudio sobre el origen de algunas de sus definiciones fundamentales

Joaquín Fernández Abara
Universidad Finis Terrae, Chile

RESUMEN: A través del análisis de fuentes bibliográficas, documentales, hemerográficas y de memorialistas, en este artículo se aborda el período fundacional del Partido Socialista de Chile. Se describen las diversas agrupaciones socialistas surgidas en la coyuntura 1931-1932 y se señalan las características distintivas y las actuaciones de aquellas que concurrieron en la formación del Partido Socialista en 1933. Se enfatiza en sus planteamientos y contenidos ideológicos, composición social y trayectorias militantes. También se abordan las características del Partido Socialista de Chile en sus años formativos, teniendo en cuenta sus peculiaridades y las principales orientaciones doctrinarias que pretendió darle su dirigencia. Se indica que dichas características originarias generaron un marco que constriñó sus definiciones ideológicas, así como su capacidad de recepción y adaptación de ideas y modelos internacionales con posterioridad. En este sentido, el Partido Socialista de Chile habría decantado por una opción socialista revolucionaria, crítica del modelo comunista soviético, pero conscientemente ajena a la socialdemocracia, a la vez que defensora de un nacionalismo antiimperialista latinoamericano. Esto se explicaría por el carácter

JOAQUÍN FERNÁNDEZ ABARA es candidato a doctor en Historia por la Universidad de Leiden, Países Bajos. Es profesor investigador en el CIDOC y en la Escuela de Historia, Universidad Finis Terrae, Chile. Dirección: Alberto Henckel 2317, Providencia, Santiago, Chile. CP 7510450. Email: jfernandez@uft.cl.

Agradezco las sugerencias de Dany Jerez Leiva y de Marcelo Casals Araya, al igual que los comentarios de los evaluadores que han permitido enriquecer el texto. También a la Biblioteca Clodomiro Almeyda, que ha puesto a disposición de los lectores diversos folletos y periódicos en el sitio www.socialismo-chileno.org.

vanguardista y revolucionario de las agrupaciones que le dieron origen, a la vez que por la circulación entre sus cuadros fundadores de ideas identitaristas y nacionalistas económicas latinoamericanas.

PALABRAS CLAVE: Chile, política, siglo XX, Partido Socialista de Chile, República Socialista, socialismo, socialdemocracia, nacional populismo, marxismo

RECIBIDO: junio 2023 / ACEPTADO: octubre 2023 / ONLINE FIRST: diciembre 2023

The Formation Process of the Socialist Party of Chile: A Study on the Origins of Some of Its Fundamental Definitions

ABSTRACT: Through the analysis of bibliographical, documentary, newspaper, and memorial sources, the article deals with the founding period of Chile's Socialist Party. It begins by describing the different socialist groups that emerged in the 1931-1932, pointing out the characteristics and actions of those who united to form the Socialist Party in 1933. It also emphasizes their ideological approaches, social compositions, and militant trajectories. Subsequently, the article addresses the characteristics of the Chilean Socialist Party in its formative years, taking into account its peculiarities and the main doctrinal orientations that its leadership sought to establish. It is noted that these initial characteristics created a framework that limited its ideological definitions and its ability to later receive and adapt international ideas and models. In this sense, the article argues that the Chilean Socialist Party opted for a revolutionary socialist option, critical of the Soviet communist model but consciously alien to social democracy, while defending a Latin American anti-imperialist nationalism. These characteristics are due to the *avant-garde* and revolutionary nature of the groups that gave it origin, as well as the circulation among its founding cadres of Latin American economic nationalist and identitarian ideas.

KEYWORDS: Chile, politics, 20th Century, Socialist Party of Chile, Socialist Republic, socialism, social democracy, national populism, marxism

RECEIVED: June 2023 / ACCEPTED: October 2023 / ONLINE FIRST: December 2023

En este artículo abordaremos el período formativo del Partido Socialista de Chile (PSCh). Trataremos el contexto sociopolítico en el que tuvieron lugar sus orígenes, las características sociales e ideológicas de las organizaciones que le dieron forma y los elementos que las distinguían de otras colectividades políticas que en ese tiempo también invocaban la identidad socialista. Daremos cuenta de su actuación ante los tumultuosos acontecimientos del año 1932, enfatizando en las actitudes que tomaron ante la 'República Socialista' de aquel año y la política coalicional que le siguió. Finalmente analizaremos la fundación del PSCh y las

principales peculiaridades ideológicas y sociales de sus primeros años, señalando cómo estas características originarias marcaron una pauta que constriñó su capacidad de recepción y adaptación de ideas y modelos internacionales con posterioridad.

Al respecto cabe preguntarse, ¿por qué enfatizar en la coyuntura fundacional de las organizaciones socialistas nacidas tras la caída de la dictadura de Ibáñez y del propio PSCh? ¿Qué aporta a la comprensión de fenómenos de largo plazo el estudio de un momento históricamente acotado? Sobre este punto nos hemos guiado por los teóricos del *Path Dependency*, propios del institucionalismo histórico, quienes sostienen que “las elecciones tomadas cuando se está formando una institución o cuando se formula una política tienen un efecto restrictivo en el futuro” (Greener 2005, 62). Sin negar la dinámica del cambio histórico, la agencia de los individuos y el rol transformador de las ideas, cabe tener en cuenta que las decisiones tomadas al momento de fundar una institución implican la elección de un *camino a seguir*, limitando y dificultando las posibilidades de tomar disposiciones heterodoxas y divergentes. Esta situación obligaría a los actores que componen una institución a adaptarse a las directrices que fueron hegemónicas al nacer la organización, imponiendo altos costos y dificultades a su potencial mutación o ruptura (Thelen 1999, 385). Esto implica, siguiendo a Collier y Collier (1991, 27-29), poner atención a las “coyunturas críticas”, o momentos de “elecciones cruciales”, a veces de corto o mediano plazo, los que muchas veces pasarían a definir los límites de los espacios y contenidos de discusión política. Siguiendo este mismo razonamiento, consideramos que las decisiones imperantes en los momentos fundacionales de organizaciones políticas también condicionan y constriñen la disposición para la recepción de ideas políticas circulantes y las posibilidades de éxito de la transferencia de ideas y modelos políticos transnacionales (Te Velde 2005; Dotti et al. 2008; Espagne 2013). Incluso, como han planteado Buckler y Dolowitz (2009), los procesos de renovación y transformación ideológica tienden a buscar referencias en el pasado para apoyarse en un supuesto sentido de autenticidad que los legitime.

En este sentido, el estudio de la coyuntura de inicios de la década de 1930 es de importancia primordial. Esto, debido a que llevó al reordenamiento de clivajes y esquemas de competencia en el sistema de partidos y al surgimiento de muchos elementos de identidad partidaria

que, en términos generales, se mantuvieron hasta 1973. Esta situación se plasmaría en el PSCh, cuya aparición en el año 1933 fue el factor principal que permitió el realineamiento del sistema de partidos en torno a un clivaje en el que “lo social y la división capital-trabajo se volvió el eje fundamental” (Moulian 2009, 75-83; Scully 1992).

Los años fundacionales del PSCh y las características de las organizaciones que le dieron origen permitieron articular un partido con características peculiares, como eran la defensa de una opción revolucionaria, marxista, pero abierta a la recepción de otras influencias; a la vez, crítica del comunismo e imbuida en un nacionalismo de carácter latinoamericanista y marcadamente antiimperialista. No es de extrañar que cientistas sociales e historiadores hayan calificado al PSCh como una colectividad socialista con rasgos populistas (Drake 1992) o como una “socialdemocracia revolucionaria” (Pollack y Rosenkranz 1986). Estas definiciones, más bien generales, permitieron coligar un amplio abanico de organizaciones con militancias de los más variopintos orígenes, los que, si bien muchas veces tenían posturas disímiles, se reunían por la oposición a determinadas corrientes y problemas sociales como los socialismos reformistas y el socialismo de Estado; también mantenían un distanciamiento formal respecto de las doctrinas corporativistas y posturas críticas frente al estalinismo y el antiimperialismo. En este sentido, la formación del PSCh aglutinó un conjunto de grupos en los que tendía a primar cierta diversidad y flexibilidad en una organización que, aunque mantenía importantes distinciones ideológicas internas, generó límites doctrinarios y parámetros distintivos. Varias de estas características han sido atendidas por los estudios existentes sobre la historia del Partido Socialista. Sin embargo, creemos relevante ligar el contexto fundacional y las peculiaridades de las organizaciones fundadoras con las características que posteriormente tuvo el partido en su desarrollo histórico.

En esa línea, hemos dividido el artículo en tres partes principales. En un primer apartado (1), estudiaremos la coyuntura 1931-1932 y el surgimiento de nuevas organizaciones socialistas. En una segunda sección (2), analizaremos el período comprendido entre junio de 1932 y abril de 1933, correspondiente a la coyuntura en que tuvieron lugar la República Socialista y la formación del PSCh. En tercer lugar (3), analizaremos las características del PSCh al momento de su fundación. Propondremos que tanto la circunstancia en la cual se originó la fundación del PSCh, signada

por la crisis del orden oligárquico y el cuestionamiento al liberalismo, como las características de las organizaciones que apoyaron la 'República Socialista' y convergieron en el PSCh, marcaron la posterior disposición del partido a adaptar determinados tipos de ideas políticas. En ese sentido, este partido se habría decantado por la adopción de una noción de marxismo amplia y no dogmática, pero al mismo tiempo revolucionaria, recelando de las experiencias socialdemócratas de origen europeo o europeizantes. Su valoración de la autonomía nacional y del antiimperialismo latinoamericanista facilitó su relación y adhesión crítica a experiencias de tipo nacionalista-populista especial, aunque no exclusivamente, en América Latina. Finalmente, en las conclusiones (4) sintetizaremos las ideas centrales del texto y analizaremos las proyecciones en el tiempo de las características fundacionales del socialismo chileno.

Para lograr nuestro cometido, hemos recurrido principalmente a una metodología basada en el análisis documental, tomando fuentes hemerográficas como diarios y revistas, tanto partidistas como informativas y de circulación nacional. También hemos accedido a manifiestos y declaraciones tomados de folletería partidista y a textos de memorialistas. A través del análisis de dichas fuentes, complementadas con bibliografía secundaria, hemos podido reconstruir los planteamientos y discursos identitarios de diversas organizaciones políticas socialistas creadas entonces, a la vez que dar cuenta de las principales decisiones y posturas tomadas ante acontecimientos cruciales del período. Esto nos ha permitido identificar las características distintivas de aquellas que derivaron en la formación del PSCh y analizar cómo varias de ellas perduraron en el tiempo.

1. La coyuntura de 1931-1932 y el surgimiento de nuevas organizaciones políticas socialistas

La caída de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931) tras las movilizaciones de julio del año 1931, sumadas a los efectos socioeconómicos de la crisis de 1929, propiciaron en Chile un cuadro de inestabilidad que redundó en la fragmentación del sistema de partidos y en la emergencia de nuevas colectividades políticas.

En su gobierno, Ibáñez había dividido los partidos políticos existentes, buscando apoyos en su interior y reprimiendo a los opositores. A la

vez, había coartado el sindicalismo revolucionario vinculado a organizaciones políticas y atraído hacia su órbita a buena parte de las dirigencias y bases sindicales gracias a su reformismo social, la legislación laboral y sus ofertas de sindicalismo legal (Vial 1997; Scott 2009; Rojas 1993, 77-139). Por lo demás, los parlamentarios en ejercicio a la caída de la dictadura se encontraban especialmente deslegitimados por haber sido nombrados por Ibáñez mediante mecanismos que, si bien eran formalmente legales, habían anulado toda lógica de competencia electoral (Vial 1997). En medio de este cuadro político, la politización y tendencia a la deliberación se mantenía al interior de las filas de las Fuerzas Armadas, generando incertidumbre e inestabilidad en los gobiernos, los que comenzaron a movilizar el ideal del 'civilismo' en contra del involucramiento político de los militares (Corvalán 2016; Valdivia 1992).

De manera concomitante, los efectos de la crisis económica de 1929 se hacían sentir fuertemente en Chile. Las consecuencias locales más drásticas de la *gran depresión* no fueron inmediatas y solo se hicieron evidentes hacia 1931, llegando a su cúspide en 1932. El porcentaje de variación anual del PIB pasó de 5,3% en 1929 a -16,01% en 1930, a -21,22% en 1931 y a -15,0% en 1932. Las exportaciones cayeron de US\$1.874.000.000 (del año 1995) en 1929 a US\$1.229.000.000 en 1930, a US\$1.048.000.000 en 1931 y a US\$504.000 en 1932. Aunque prácticamente todos los sectores de la economía se vieron fuertemente afectados, el de la minería fue el más catastrófico. Su porcentaje de variación anual de producción cayó de 6,9% en 1929 a -27,13% en 1930, a -33,35% en 1931 y a -41,78% en 1932 (Braun et al. 2000, 23, 29, 317).

La brusca baja de la producción redundó en un fuerte incremento del desempleo, en el cierre de fuentes laborales y en el aumento de una pobreza crítica, recrudeciendo especialmente los problemas de vivienda y alimentación. El porcentaje de variación anual de los salarios reales, que en el año 1930 fue de un 2,829%, en 1931 fue de -33,333% y en 1932 fue de -29,631% (Braun et al. 2000, 134). Hacia finales de 1932, según los reportes de la Dirección del Trabajo, habría 98.000 obreros y 25.000 empleados cesantes (Vergara 2015, 92). Esta situación se volvía más dramática en el norte salitrero. En el año 1931, más de 32.000 trabajadores salitreros habrían estado cesantes y al finalizar el tercer trimestre de 1931, más de 58.000 personas habrían migrado desde el Norte Grande (Vergara 2020). La migración interna producto del cierre de las fuentes

laborales, especialmente en las oficinas salitreras del norte, y las políticas de relocalización en distintos puntos del país y de instalación de albergues, generaron importantes niveles de desarraigo entre la población trabajadora (Vergara 2015, 73-108).

Las principales expresiones organizadas del socialismo, entendiendo este concepto en un sentido amplio, se encontraban en una profunda crisis. Por una parte, el anarquismo había sufrido fuertemente los embates del régimen ibañista. La represión a las corrientes revolucionarias consideradas 'disolventes' y 'antinacionales', sumada a la oferta de sindicalismo legal y a la política de reformas sociales, llevaron a que buena parte de los sindicatos anarquistas se pasaran a las filas del ibañismo. Esta situación se hizo notar incluso en algunos cuadros dirigenciales históricos del movimiento ácrata, los que terminaron ejerciendo funciones políticas y administrativas en el gobierno (Rojas 1993, 97-103; Pinto 2020, 619; Rodríguez 2019, 128-129). En esta situación influía el prurito antipartidista presente en el anarquismo, el que paradójicamente tenía puntos de confluencia con el antiliberalismo del discurso nacional-popular de Ibañez. Se trataba, por lo demás, de una situación que también se había hecho notar en otros contextos similares en América Latina, donde los sindicatos anarquistas habían demostrado una mayor plasticidad para adaptarse y plegarse a proyectos populistas que los de raigambre marxista (Zapata 1993).

Por otra parte, el Partido Comunista (PCCh), además de haber vivido su primera experiencia de clandestinidad producto de la represión ibañista, se encontraba cruzado por importantes divisiones y luchas internas, derivadas en parte de los efectos generados por el proceso de bolchevización y las resistencias que este generó en diversos sectores. Estas se hicieron notar especialmente entre el sector oficialista dirigido por Elías Lafferte y la disidencia de Manuel Hidalgo (Grez 2015, 465-479), que en los hechos llevó al surgimiento de dos partidos que se disputaban la identidad del comunismo chileno. Poco después, en 1933, los sectores disidentes liderados por Hidalgo terminarían por formar el partido Izquierda Comunista (IC) (Vega 2012).

Los efectos de la crisis de 1929 desarticulaban muchos de los principales centros y redes de apoyo del PCCh, especialmente en zonas donde este era más fuerte, como era el caso del norte salitrero, desarraigando de esta manera parte importante de sus bases obreras de sus núcleos

de socialización política y cohesión organizativa (Rojas 1993,152). Por lo demás, la adaptación de los lineamientos de la Internacional Comunista (Komintern) llevó al PCCh a adoptar las llamadas 'Políticas del Tercer Período', imprimiéndole también una postura reacia a las alianzas con los partidos que consideraban 'burgueses' e incluso con otros partidos de raigambre socialista, los que eran tildados como 'socialfascistas' (Barnard 1983, 211-250; Urtubia 2017, 7-9; Camarero 2011, 206-207). Al respecto, existen informaciones que señalan que hacia 1932 el PCCh habría tenido apenas 100 militantes en Chile y no más de 30 en Santiago, encontrándose dividido, aislado y con problemas de comunicación entre sus bases en distintas localidades (Ulianova 2009a, 17-18; Ulianova 2015, 110-111).

La sensación de crisis, la fragmentación y deslegitimación partidarias, sumadas a la imposibilidad de conocer el apoyo electoral efectivo con que contaban las colectividades políticas, llevó a que apareciesen nuevos partidos y movimientos que pretendían encauzar el descontento existente. Una muestra parcial de esta situación de fragmentación puede observarse al cuantificar los partidos políticos que obtuvieron representación parlamentaria en las elecciones de 1925 y 1932. Mientras en las primeras apenas seis partidos obtuvieron representación parlamentaria, el número alcanzó a quince en la segunda (Urzúa Valenzuela 1992).

Dada la situación de crisis y el ambiente intelectual crítico y desconfiado del liberalismo y en general del capitalismo, la mayor parte de estas nuevas agrupaciones reivindicó idearios de carácter socialista. En el marco de la recién mencionada crisis de las principales expresiones orgánicas existentes de dicha ideología, surgieron varias organizaciones nuevas que la reivindicaban. Cabe tener en cuenta que, hacia inicios de la década de 1930, las ideas socialistas estaban efectivamente presentes en Chile. Su utilización podía advertirse en diversas organizaciones políticas y sociales y en círculos intelectuales desde mediados del siglo XIX. Estas eran un recurso al cual podría echarse mano de manera específica y circunstancial para defender puntos determinados o incluso para llegar a transformarse en formas de identidad y autoadscripción, a través de su recepción y adaptación de manera más integral. Su relevancia se había vuelto más fuerte con el desarrollo de la cuestión social, especialmente desde la última década del siglo XIX. Desde esos tiempos coexistían diversas visiones del socialismo, las que abarcaban desde aquellas propias del socialismo de Estado, que a través de reformas progresivas tenían un

carácter eminentemente antirrevolucionario, hasta otras de un carácter abiertamente revolucionario y clasista (Massardo 2008; Cid y Fernández 2020). En este sentido, consideramos que no puede hablarse de un surgimiento totalmente disruptivo de ideas e incluso de organizaciones socialistas tras la crisis de 1929, existiendo un importante elemento de continuidad con las trayectorias político-intelectuales chilenas, especialmente desde fines del siglo XIX.

Sin embargo, la eclosión de nuevos movimientos que reivindicaban el socialismo a inicios de la década de 1930 sí tuvo algunas características distintivas y novedosas. La mayor parte de estos grupos ponían énfasis en “la instauración del socialismo desde el Estado” y buscaban “un nuevo orden con la socialización de la tierra y los medios de producción” (Valdivia 2017, 247). Se trataba de un socialismo marcadamente estatista, con tendencias tecnocráticas y con un importante énfasis planificador. Valdivia (2017, 248) sostiene que dicho socialismo no habría pretendido “subvertir completamente las estructuras vigentes, sino profundizar las funciones económico-sociales del Estado, con una burocracia de profesionales modernizadores, existiendo líneas de continuidad con Alessandri y el ibañismo, independientemente de las diferencias político-ideológicas”.

Consideramos que la interpretación de Valdivia es solo parcialmente acertada. Si bien las tendencias estatistas y tecnocráticas son evidentes, reflejando lineamientos de continuidad e incluso persistencia de cuadros militantes con el alessandriismo y el ibañismo, existían al mismo tiempo importantes diferencias entre estas organizaciones, las que se hacían patentes y claras al enfrentarse al problema de la subversión de las estructuras sociales existentes. De hecho, el modo en que comprendían el socialismo, sus modelos y referentes ideológicos, sumado a sus actitudes ante el marxismo, la conflictividad de clase y las instituciones de la democracia liberal, variaban entre sí.

Si observamos el listado de agrupaciones formadas entre la caída de Ibáñez en julio de 1931 y las elecciones del año 1932 que se definieron como socialistas o utilizaron el término socialista en su nombre, podemos encontrar un conjunto variopinto de partidos. En 1931 fueron fundados un efímero Partido Socialista —dirigido por José Dolores Vásquez—, el Partido Radical Socialista y el Partido Social Republicano. Ese año se fundaron asimismo el Partido Socialista Revolucionario y el

Partido Socialista Internacional, que se fusionaron en el Partido Socialista Unificado; además, la Orden Socialista y la Nueva Acción Pública. En 1932 fue el turno del Partido Democrático Socialista, el Movimiento Nacional Socialista y la Acción Revolucionaria Socialista. Pese a su tamaño aún pequeño, analizar las características de estos nuevos partidos, sus similitudes y diferencias es un ejercicio esclarecedor para identificar las diversas concepciones del socialismo vigentes en el período, distinguirlas entre sí e identificar las particularidades específicas de aquellas que tendrían relevancia en la fundación del PSCh.

Dentro de estas nuevas organizaciones socialistas, podemos distinguir en primer lugar a aquellas de carácter reformista, que apuntaban a buscar soluciones de armonía de clases y que evidenciaban importantes elementos de continuidad respecto de proyectos del reformismo liberal y del alessandrismo. En segundo lugar, a organizaciones de tipo fascista que apelaban al socialismo desde una óptica radicalmente antiliberal con el fin de terminar con la lucha de clases; en tercer lugar, a organizaciones socialistas de carácter vanguardista y revolucionario —no comunistas—, proclives a la subversión de las estructuras de clases y a la transformación revolucionaria del Estado. Si bien estas distinciones podían volverse difusas en algunos casos, se hicieron evidentes y se fueron reforzando ante las alternativas políticas a las que se vieron enfrentadas en ese tiempo.

En relación con las organizaciones socialistas reformistas, cabe mencionar en primer lugar al Partido Socialista fundado en Valparaíso por el conocido defensor del alessandrismo, José Dolores Vásquez. Este contó con el apoyo del apasionado orador y parlamentario Pedro León Ugalde, quien tenía una importante trayectoria como luchador antiibañista y de apoyo al movimiento obrero. Ambos provenían del Partido Radical (PR) y promovían una agenda antiibañista, antioligárquica y el socialismo de Estado (Garrido 2021, 32). Por su parte, el Partido Radical Socialista y el Partido Social Republicano correspondían a facciones escindidas del PR en el segundo semestre de 1931. Los socialrepublicanos respondían a sectores que se habían enfrentado tenazmente a la colaboración del radicalismo con la dictadura de Ibáñez, mientras que los radical socialistas eran un sector que se había opuesto a la alianza de los radicales con los conservadores para apoyar la candidatura presidencial de Juan Esteban Montero en 1931. En ambos casos se trataba de partidos laicistas que en distintos grados aceptaban el carácter social de la propiedad, más

tímidamente en el caso de los socialrepublicanos y abiertamente a favor de la colectivización de las empresas en el de los radical socialistas. Se mostraban partidarios de la planificación de la economía, especialmente en el caso de los radical socialistas, y se acercaban a posturas socialistas de Estado que buscaban evitar y encauzar de manera intrainstitucional la conflictividad social (Enciclopedia Chilena 1948-1971a, 1948-1971b). Los demócrata socialistas fueron una escisión del Partido Democrático, el que, por lo demás, en varias ocasiones había tenido facciones y experimentado fraccionamientos de sectores autodenominados socialistas (Grez 2016). Defendieron, en términos más bien generales, un programa de reformas sociales destinado a elevar la condición de los obreros (La Nación 1932c, 10). En todos estos casos, los militantes de las agrupaciones socialistas provenían de colectividades vinculadas al reformismo liberal —entendiendo dentro de este universo, de manera amplia, a liberales, radicales y demócratas—, que habían radicalizado sus posturas y habían sido partidarios del alessandrismo tras la caída de la dictadura de Ibáñez.

Respecto de las organizaciones fascistas que apelaban al socialismo, cabe mencionar el Movimiento Nacional Socialista (MNS), fundado en 1932 por Jorge González Von Mareés, siguiendo el ejemplo de la Alemania nazi y de la Italia de Mussolini. Se trataba de un partido de cuadros juvenil, vertical y militarizado, que obedecía al principio de liderazgo incuestionable. Los ‘nacistas’ —utilizaban la letra ‘c’ para distinguirse de los nazis alemanes y resaltar su contenido nacional— hacían eco de ideas corporativistas y nacionalistas autoritarias, nutriéndose también de tradiciones del pensamiento nacionalista chileno, especialmente de la visión racista de la nacionalidad chilena de Nicolás Palacios y del decadentismo historiográfico de raíces spenglerianas que pretendía restaurar ideales ‘portalianos’ de gobierno. El MNS sostuvo fuertes críticas antioligárquicas a la vez que anticomunistas y defendió la importancia de la violencia en la acción política desde una perspectiva vitalista, que superaba su mero uso instrumental para llegar a considerarla un valor positivo por sí misma. Todo ello se evidenció en sus tendencias a la militarización de la política mediante las Tropas Nacistas de Asalto (TNA) (Corvalán 2015, 88-108; Jara 2010; McGee Deutsch 2005; Sznajder 1992; Potashnik 1974).

Como puede observarse, una buena parte de las agrupaciones políticas que recurrían a la noción de socialismo en sus definiciones políticas

lo hacían dándole sentidos radicalmente distintos al término. Este podía significar desde un moderado reformismo liberal que reflejaba ansias de justicia social, hasta visiones corporativistas y nacionalistas autoritarias. Esto se hace aún más evidente cuando constatamos cómo las recién mencionadas nociones de socialismo se distinguían de otras que, aunque también poseían divergencias entre ellas, tenían contenidos más clasistas y visiones más vanguardistas, como los que abordaremos a continuación. Nos referimos a grupos como la Nueva Acción Pública, el Partido Socialista Marxista, el Partido Socialista Unificado, la Orden Socialista y, un poco más tardíamente, la Acción Revolucionaria Socialista. No es de extrañar que estas últimas agrupaciones, que denominaremos como organizaciones socialistas vanguardistas y revolucionarias, hayan estado involucradas más o menos orgánicamente en el período de los doce primeros días de la República Socialista de junio de 1932 y más tarde, en abril de 1933, en la fundación del PSCh.

En primer lugar, se encontraba la Nueva Acción Pública (NAP), que fue formada el 15 de agosto de 1931 (Devés y Díaz 1987, 155). Entre sus fundadores se encontraban Eugenio Matte Hurtado, Alberto Patiño MacIver, Carlos Alberto Martínez, Alfredo Weber, Jorge Schneider Labbé, Julio Ortiz de Zárate, Claudio Arteaga, Raúl Boza Bravo y Enrique Mozó Merino (Jobet 1971, 65). Esta composición era variopinta, tanto en términos sociales como ideológicos. Algunos de sus dirigentes y fundadores provenían del liberalismo reformista, habiendo radicalizado sus posturas, acercándose al socialismo tras la crisis de 1929. Este era el caso de Matte, quien provenía de una familia de origen oligárquico y que había sido parte de las filas del liberalismo reformista. Se trataba en sus orígenes de un liberal progresista que había manifestado una clara preocupación por los problemas derivados de la cuestión social y que había apoyado la campaña de Alessandri en 1920. Al momento de producirse la sublevación que llevó al poder a la República Socialista, era Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, una de las principales expresiones de la cultura laica y liberal en Chile (Meneghello 2011, 11-30). Un ejemplo en un sentido distinto es el de Carlos Alberto Martínez, antiguo dirigente sindical obrero, muy cercano a Luis Emilio Recabarren, que había tenido un rol protagónico en la fundación del Partido Obrero Socialista en 1912. Sin embargo, se había alejado de dicha organización cuando en 1922 adhirió a la Komintern y se transformó en el PCCh (Witker 1993, 21). Prontamente,

la NAP llegó a tener núcleos en varias ciudades de Chile, como Antofagasta, Los Andes, Valparaíso, Santiago, Rancagua, Curicó, Concepción y Osorno (Jobet 1971, 65). En este sentido, coincidimos con Fabio Moraga, quien sostiene que “entre las agrupaciones socialistas del período 1931-1933, la NAP fue la más organizada, extendida e influyente” (Moraga 2009a, 153).

La caracterización ideológica de la NAP es más compleja que la de otras organizaciones socialistas de la época, siendo aún objeto de controversia entre los investigadores. Diego Venegas (2016, 24) sostiene que su doctrina sería una suerte de “socialismo genérico, en sintonía con lo que sucedía con el APRA”, y ha calificado a su líder, Eugenio Matte Hurtado, como “aprista”. Por otra parte, Raimundo Meneghella (2011, 21) sostiene que el pensamiento de Matte y la NAP “combinaban las ideas del socialismo y el indoamericanismo con componentes masónicos”. Coincidimos con Meneghella, pues el napismo habría defendido un cuerpo de ideas de carácter principalmente ético, en el cual pueden detectarse elementos melioristas —visión de mundo que apunta al mejoramiento del individuo y de su mundo gracias a la razón y la intervención del ser humano (Salinas 2021, 61)—, propios de los ideales masónicos y visiones de una sociedad racionalmente organizada que evidencian reminiscencias positivistas. Ambos elementos pueden identificarse como herencias de las corrientes liberales reformistas, que al mismo tiempo utilizaba nomenclaturas y símbolos antiimperialistas propios del aprismo. Esto habría redundado en el desarrollo de un ideario socialista nacional antiimperialista de tintes éticos antes que materialista histórico (Nueva Acción Pública 2011, 211). Su líder, Eugenio Matte, planteó como ideal “un estado dirigido por una alianza de trabajadores intelectuales y manuales” (Meneghella 2011, 27) y si bien mostró admiración por algunos elementos del modelo soviético, ante todo primó una distancia crítica. Por lo demás, en el lenguaje, programas y manifiestos del napismo existió una tendencia a promover la representación funcional, reflejando importantes grados de aceptación de elementos corporativistas en su ideario. A estos puntos cabe añadir que la NAP recurría a un lenguaje renovador y juvenilista, apelando constantemente a los jóvenes como fuente de cambio (Nueva Acción Pública 1987, 159).

Respecto de la recepción del aprismo, consideramos que esta es evidente, pero debe ser aquilatada. El antiimperialismo fue un elemen-

to central en el ideario napista y este se nutrió del lenguaje aprista. Así, como sostiene Meneghello (2011, 27), la NAP se planteó como objetivo “lograr la expansión del socialismo por América Latina o Indo-América, para conformar una unión fuerte y poderosa capaz de defenderse de la influencia extranjera”. Con todo, la influencia del Partido Aprista Peruano (PAP) en la NAP se evidenció en algunas propuestas y declaraciones de intenciones más generales antes que en elementos programáticos específicos y concretos, o en acciones políticas a realizar en conjunto con el PAP. Al respecto, Fabio Moraga ha planteado que “si bien hubo influencia del PAP en la NAP, en el debate interno de esta última las propuestas latinoamericanistas debieron discutir con diversas tendencias ideológicas”. De hecho, según Moraga (2009a, 153-154), el aprismo “no parece haber influido en las propuestas políticas del grupo y su debate interno”, y su aporte habría radicado en “propuestas ideológicas generales más conocidas del aprismo, como las referencias al indoamericanismo y al frente de trabajadores manuales e intelectuales”. En este sentido, coincidimos con Sebastián Hernández (2021, 108), quien sostiene que “sin duda, la recepción del APRA en los orígenes de la NAP es evidente”, pero que también es necesario “tomar en cuenta que el socialista chileno siempre dejó un espacio de movimiento y adaptación a futuros cambios que lo puedan alejar de los objetivos de su símil peruano”.

En segundo lugar, mencionaremos la Acción Revolucionaria Socialista (ARS), formada durante 1932. Si bien sus primeras menciones públicas en la prensa aparecieron el 18 de septiembre, tras la caída de la junta de Carlos Dávila y en el marco de los trabajos electorales de la candidatura presidencial de Marmaduke Grove, es altamente probable que la organización viniera gestándose de manera subrepticia desde antes, dado que sus dirigentes estaban actuando de consuno ya previamente a la instauración de la República Socialista (La Nación 1932b, 1; Cruz 1969, 40). Entre sus fundadores se encontraban Óscar Schnake Vergara, Eugenio González Rojas, Augusto Pinto, Julio E. Valiente, Gregorio Guerra y Mario Inostroza (Jobet 1971, 66). Su núcleo fundador tenía un carácter fundamentalmente mesocrático y obrero-artesanal, estando compuesto por profesionales liberales, profesores y también por artesanos, y venían desarrollando un accionar político conjunto al menos desde mediados de la década de 1920, en diversos tipos de organizaciones. La mayor parte de estos cuadros fundadores habían sido activos anarquistas con

anterioridad. En el pasado se habían vinculado con la International World Workers (IWW) y muchos de ellos habían tenido un rol activo en la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, como era el caso de Schnake y González, o en sociedades en resistencia —nombre que recibían los sindicatos anarquistas— como Valiente y el zapatero Pinto (Venegas 2016, 27; Godoy 2017, 172-173). Dichos dirigentes habían sido parte de la Unión Social Republicana de Asalariados de Chile (USRACH), unión de diversas organizaciones sociales y políticas de carácter anarquista, comunista y obreras en general, que había buscado constituirse como partido político en 1925, intentando institucionalizar y llevar a la arena política demandas sociales, aprovechando la crisis de la política partidista oligárquica generada con las intervenciones militares de mediados de la década de 1920. Por lo demás, los dirigentes de la ARS habían tomado parte en los núcleos conspirativos que dieron lugar al golpe de Estado del 4 de junio de 1932 (Ponce 1994, 33-59).

La ARS se declaraba revolucionaria y socialista, aunque no marxista. En sus documentos puede observarse una fuerte impronta antioligárquica antiimperialista, además de una marcada crítica al liberalismo. En sus manifiestos señalaban luchar “contra el pasado y contra las fórmulas caducas del liberalismo económico y político que no han hecho más que sofocar la vida de la nación” (ARS 1932a, 1). También mencionaban que “bajo la máscara de un falso liberalismo y de un falso régimen representativo, Chile y los demás países indoamericanos conservan la estructura política de la colonia” (ARS 1932a, 17). Al mismo tiempo, planteaban que el “régimen representativo liberal ha sido, en la práctica, la representación y el dominio de la oligarquía latifundista o plutocrática casi siempre al servicio del capitalismo extranjero” (ARS 1932b, 1). La ARS hacía una defensa del antiimperialismo sustentada en un lenguaje indoamericanista, tomado del aprismo, y una crítica al individualismo de la representación política en las democracias liberales. El programa de la ARS defendía una representación política funcional. Dicho planteamiento, que estaba en consonancia con las ideas corporativistas, evidenciaba una fuerte desconfianza hacia los partidos políticos y el juego político institucional liberal, posiblemente heredada de la tradición anarquista de la que provenían sus dirigentes (ARS 1932b, 17; Venegas 2016, 27). Si bien sus miembros habían transitado a una lectura del socialismo que ahora aceptaba y daba un importante rol al Estado, además de plantear una suerte de revolución *desde arriba* a través

de su captura, la representación funcional y el control de los trabajadores se convertían en el elemento central para asegurar el carácter socialista del proceso político (ARS 1987, 180).

Las dos agrupaciones mencionadas recientemente, que contaban con una importante presencia de jóvenes universitarios o recientemente graduados, se hacían eco de relevantes corrientes intelectuales del período, como era el pensamiento identitarista latinoamericano, en sus vertientes izquierdistas, antiimperialistas y juvenilistas, e incluso indigenista, aunque en este punto no superó el ámbito discursivo (Devés 2000; Moraga 2009a).

En tercer lugar, cabe mencionar la Orden Socialista (OS), agrupación fundada el 17 de octubre del año 1931 (Devés y Díaz 1987, 155). Sus cuadros fundacionales eran mesocráticos y altamente educados, compuestos principalmente de profesionales liberales. Entre ellos destacaban Arturo Bianchi Gundian y Luciano Kulzcewski, arquitectos vanguardistas de renombre en ese entonces. La OS defendía un ideario 'socialista de Estado', que propugnaba una reorganización social que permitiese realizar planificadamente desde el Estado un proceso de socialización de los medios de producción y la distribución de la riqueza (Orden Socialista 1931, 3). Si bien en su 'Programa Integral' partían citando a Marx, la frase a la que hacían referencia es "a cada quien según su necesidad y de cada quien según su capacidad" (Orden Socialista 1931, 8), evidenciando un rescate de su mensaje ético antes que de su análisis histórico y social. Al mismo tiempo que planteaban la necesidad de realizar una revolución a través de las instituciones estatales, defendían la utilización de 'recursos evolutivos', recurriendo a un lenguaje propio de las corrientes socialistas de Estado que defendían la idea de 'evolución', en contraposición a la de 'revolución'. De esta manera, su visión del socialismo apunta al ideal de una organización social planificada antes que al resultado de la confrontación de clases (Orden Socialista 1931, 8). La OS evidenció también tendencias vanguardistas, lo que se notaba en el énfasis en las formas jerárquicas y verticales de organización y movilización que promovía. Así, siguiendo los planteamientos de Haya de la Torre, llamaban a los "trabajadores manuales e intelectuales" a formar sus "cuadros en organizaciones jerárquicas y férreamente disciplinadas en las cuales vosotros mismos, con vuestra propia acción, podréis hacer surgir de vuestras propias filas el JEFE que ha de conducirnos por nuevas rutas hacia grandes destinos" (Orden Socialista 1987, 169).

En cuarto lugar, es necesario mencionar el Partido Socialista Unificado (PSU), nacido de la fusión del Partido Socialista Revolucionario y del Partido Socialista Internacional. Su fundación tuvo lugar en agosto de 1931 (Devés y Díaz 1987, 156) y se declaró “netamente marxista” (Góngora 1981, 100). El PSU, además de desarrollar una forma de organización celular, con junta ejecutiva y ‘seccionales’ como instancias locales de acción, también organizó instancias de educación popular socialista marxista, como la Universidad Carlos Marx (Partido Socialista Unificado 1932). Su junta ejecutiva estaba compuesta por Armando Corvalán, Albino Pezoa, Juan Antonio Carvajal (1932, 9), Joaquín Real, Santiago Nilson, Horacio Soissa, Fernando Vernal y Sebastián Guzmán. En estos cuadros había profesionales, incluyendo a profesores, empleados y trabajadores sindicalizados (La Nación 1932a, 7). Armando Corvalán (1932, 9), secretario general, sostenía que su “fin inmediato” era “marchar hacia la conquista del poder político”, “con el fin de despojarlo en seguida de su carácter político mediante la concentración de la producción en manos de los individuos asociados”. También planteaba que “para llegar a este fin necesitamos destruir las actuales formas de producción que provocan el antagonismo de clase” (Corvalán 1932, 9). Citando explícitamente a Marx, aunque sin mencionar que se trataba del *Manifiesto Comunista*, Corvalán planteaba que:

El proletariado se servirá de su supremacía política para arrancar GRADUALMENTE el capital de manos de la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado o, mejor dicho, en sus propias manos, una vez que esté organizado como clase directora, y para poder aumentar cuanto más rápidamente sea posible las fuerzas productoras existentes. Y esto, como es natural, no podrá realizarse al principio, sino ejerciendo acción despótica. (Corvalán 1932, 10)

Como puede observarse, el PSU se apropiaba de una lectura de la realidad social basada en el materialismo histórico y en las nociones de dictadura del proletariado en un proyecto que ponía énfasis en el rol de la clase obrera y en el Estado como actores centrales en la realización del proyecto socialista.

Finalmente, cabe mencionar el Partido Socialista Marxista (PSM), fundado el 4 de agosto de 1931 (Devés y Díaz 1987, 156). El PSM se definió desde un principio, y de manera explícita, como un partido marxista (Venegas 2016, 24). Como ha señalado Fabio Moraga (2014, 7), el PSM “profesaba un socialismo revolucionario” y “aceptaba el método marxista como válido para la interpretación de la realidad y la situación revolucio-

naría". La organización del PSM era vertical, "de tipo celular" y la "dirección del partido" (Moraga 2014, 7) concentraba su poder en detrimento de las formas assembleístas, en contraposición con las tendencias usuales en las organizaciones de la época. En este sentido, su estructura evidenciaba pretensiones de tipo leninista. Si bien sus miembros se plantean la posibilidad de entrar al juego electoral, lo veían simplemente como un "instrumento para organizar y disciplinar a la clase trabajadora" (Devés y Díaz 1987, 155). De hecho, entre sus fines planteaban la necesidad de convertirse en "un partido de clase que intenta cohesionar y educar políticamente a los obreros, empleados y profesionales que en este momento viven al margen de toda acción política y de lucha de clases o que militan equivocadamente en los partidos burgueses" (Partido Socialista Marxista 1987a, 157). El PSM fue fundado por dirigentes de extracción mesocrática asalariada, algunos de los cuales habían tenido participación en gremios de empleados y profesores. También se hicieron parte profesionales liberales como abogados (Moraga 2014, 7). Entre sus dirigentes destacaban Eleodoro Domínguez, Jorge Neut, Carlos Matus, Eduardo Ugarte, Ramón Alzamora y Eduardo Rodríguez Mazer (Jobet 1971, 66). Prontamente, el partido logró penetrar entre obreros en Santiago (Bravo 2000), San Bernardo —donde alcanzaron cierta importancia entre los trabajadores ferroviarios—, Valparaíso y San Felipe, entre otras ciudades (Moraga 2014, 7), hasta el punto de que llegaron a plantearse como uno de sus objetivos el "robustecimiento de los sindicatos de clase" (Partido Socialista Marxista 1987b, 159).

Los convulsionados acontecimientos políticos del año 1932 harían evidentes las distintas posturas de los recién mencionados grupos y fomentarían los acercamientos entre algunos de ellos. En este sentido, la proliferación de organizaciones partidarias y la crisis sociopolítica generaron una estructura de oportunidades (Tarrow 1997, 155) propicia para que los liderazgos de las organizaciones socialistas vanguardistas y revolucionarias fueran coligándose e intentando acceder al poder estatal.

2. De la República Socialista a la formación del Partido Socialista de Chile

La coyuntura de los años 1931-1932, y especialmente los acontecimientos de la República Socialista, generaron las condiciones para que estas diversas corrientes fueran perfilando sus posturas programáticas, sus

diferencias ideológicas y su política coalicional más nítidamente. En efecto, el lapso comprendido entre julio de 1931 y octubre de 1932 estuvo caracterizado por la rápida sucesión de diversas insurrecciones, conatos revolucionarios y golpes de Estado, los que obligaron a las organizaciones a posicionarse de manera rápida ante la coyuntura y, en general, doctrinariamente.

En las elecciones de 1931 se presentó a Juan Esteban Montero, del Partido Radical, quien contaba con el apoyo de los partidos tradicionales provenientes del siglo XIX: conservadores, radicales y la mayor parte del Partido Liberal, representada en el Partido Liberal Unido. Montero, quien dio a su candidatura un tono más conservador y el carácter de una campaña por la restauración de la autoridad civil y el orden, triunfó con 182.177 votos. Mientras tanto, Arturo Alessandri Palma fue apoyado por la Federación de Izquierdas, compuestas por organizaciones liberales-reformistas como los partidos Liberal Democrático y Liberal Doctrinario, el Partido Democrático y organizaciones proclives al socialismo de Estado como Radical Socialistas, Social Republicanos y el Partido Socialista de José Dolores Vásquez. Arturo Alessandri llegó segundo con 99.075 votos. Por su parte, el comunismo fue dividido en dos candidaturas; por un lado, el Partido Comunista oficial con Elías Lafferte y, por otra, los comunistas antiestalinistas y disidentes, dirigidos por Manuel Hidalgo. Lafferte obtuvo 1.226 votos, mientras que Hidalgo alcanzó los 2.424 (Vial 2005, 117-125).

El cuadro recién descrito refleja la situación del campo de agrupaciones socialistas inmediatamente después de la dictadura de Ibáñez. Por una parte, se denota una hegemonía de las organizaciones partidarias del socialismo de Estado, coligadas con el reformismo liberal. Por otra, las organizaciones comunistas, además de contar con un bajo apoyo, se encontraban aisladas y fragmentadas. En este escenario, las organizaciones socialistas revolucionarias y vanguardistas no comunistas que se encontraban en formación, aún no tenían una cabida relevante en el juego político.

El gobierno de Montero se caracterizó por las constantes protestas sociales, por intentos de conspiración e insurrecciones. Entre las principales se encuentran la sublevación de la escuadra en Coquimbo y del apostadero naval de Talcahuano, entre agosto y septiembre de 1931, y el abortado levantamiento popular en Vallenar y Copiapó en la navidad

de 1931, conocido como la Pascua Trágica. La fragmentación del sistema de partidos, la mantención de liderazgos caudillistas vigentes desde la década de 1920, la tendencia a la deliberación del Ejército y el acuciante descontento social derivado de la crisis económica, que en ese momento entraba en su peor fase, erosionaron su capacidad de gobernar. Por lo demás, diversos sectores políticos se rehusaban a reconocer la legalidad de la legislatura en funciones nombradas por Ibáñez, conocida como el 'Congreso Termal', lo que implicó un creciente cuestionamiento a la legitimidad de las instituciones representativas vigentes.

Sin embargo, el gobierno de Montero llegaría a su fin a mediados de 1932, a través de una intervención de carácter socialista de las Fuerzas Armadas. El 4 de junio de 1932, un golpe de Estado liderado por el comodoro del Aire Marmaduke Grove, instauró en Chile una República Socialista, en la que tuvieron protagonismo las organizaciones recientemente nombradas. El golpe derribó al presidente Juan Esteban Montero, disolvió el Congreso Nacional y tomó el poder mediante una junta de gobierno. Esta fue dirigida por el general en retiro Arturo Puga, y compuesta por el abogado y periodista Carlos Dávila, cercano al ibañismo, y por el líder de la NAP Eugenio Matte Hurtado. El gabinete nombrado por la junta revolucionaria fue copado por miembros de las organizaciones socialistas revolucionarias, especialmente de la NAP y de quienes más tarde formarían la ARS (Vial 2005).

La junta revolucionaria resumió su plan de acción bajo la "fórmula económica [de] alimentar al pueblo, vestir al pueblo, domiciliar al pueblo" (Frías 1939, 12). Dicha consigna sirvió para popularizar sus ideas con un mensaje simple, aunque también reflejaba las urgencias y prioridades programáticas. Estas fueron sistematizadas en un Plan de Acción Económica Inmediata, que había sido desarrollado antes del golpe del 4 de junio por Alfredo Lagarrigue, quien era miembro del Comité Revolucionario y sería parte de la ARS. Es sintomático que Lagarrigue haya sido un conocido intelectual positivista, situación que reflejaba la mixtura de fuentes ideológicas que convergían en el proceso político. Como ha señalado Marcelo Alvarado, para Lagarrigue los principales problemas de la economía chilena eran "el Estado de colonización extranjera [...] y el predominio del liberalismo económico individualista" (Alvarado 2022, 92). Para superar dichos problemas, Lagarrigue promovió un plan que fomentaba la intervención estatal y el cooperativismo (Lagarrigue 2022,

203-217). El 'Plan Lagarrigue' también estaba en debate con las visiones de otros grupos que habían promovido el levantamiento del 4 de junio. Los sectores ibañistas representados por Carlos Dávila habían lanzado ya en mayo de 1932 otro programa económico, conocido como 'Plan Dávila'; este, bajo el rótulo de 'socialismo de Estado', planteaba una economía 'planificada' y dirigida desde el 'Estado'. Si bien ambos tenían varios elementos en común, el plan Lagarrigue implicaba un cuestionamiento más evidente a los capitales extranjeros presentes en el país, al capitalismo y a la estructura de clases en general (Palma 2017, 398-399; Alvarado 2022, 90-92). En la práctica, la junta solo alcanzó a tomar algunas medidas iniciales, como devolver a los trabajadores los bienes empeñados en la Caja de Crédito Prendario; comenzó de manera incipiente una reforma agraria principalmente a través de la 'colonización de tierras estatales'; decretó la transformación de un banco central en un banco del Estado, y estructuró un plan de salubridad pública (Valdivia 2017, 254-267).

Cabe señalar la actitud asumida por las organizaciones autodenominadas socialistas más cercanas al reformismo liberal, representadas en la Federación de Izquierdas, el Partido Radical Socialista, el Partido Demócrata Socialista y el Partido Socialista de Chile de José Dolores Vásquez. Estas adhirieron a la junta y reclamaron presencia en el gobierno; sin embargo, no organizaron nuevas alianzas (Garrido 2021, 32). En general, estas organizaciones apoyaron las medidas de carácter socialista implementadas desde el Estado, pero no buscaron radicalizar más el proceso político y se mostraron reacias hacia la creciente movilización social que se estaba desarrollando en apoyo a la junta y que realizaba constantes demandas a esta.

La situación fue distinta en organizaciones socialistas de tintes más vanguardistas y clasistas. Algunas de estas se coligaron en la Alianza Socialista Revolucionaria de los Trabajadores (ARST). Esta reunió al Partido Socialista Marxista y la facción antiestalinista del Partido Comunista dirigida por Manuel Hidalgo, junto a gremios y sindicatos (Cruz 2012, 50-51; Garrido 2021, 29). Otras se reunieron en la Federación Regional Revolucionaria (FRR), que agrupó a la OS, la NAP y el PSU, junto a gremios, sindicatos y pensionados de las Fuerzas Armadas (Garrido 2021, 31). La ARST apuntó a organizar las adhesiones de agrupaciones sindicales y socialistas a la junta revolucionaria, a la vez que a generar instancias de base autónomas de los trabajadores. En su interior se produjeron deba-

tes sobre la movilización, especialmente por la presión de los comunistas hidalguistas para repartir armas entre los trabajadores, organizar milicias obreras y asegurar el control obrero de las industrias (Cruz 2012, 50-51). Por su parte, la FRR apuntó a “defender los principios revolucionarios del socialismo y evitar que estos sean desvirtuados” (Garrido 2021, 31). Como puede observarse, la actitud de estas organizaciones fue de soporte a la junta revolucionaria. Esta postura fue desde el apoyo crítico de los comunistas hidalguistas hasta la firme adhesión de la NAP. En distintos grados, trataron de salvaguardar el carácter socialista revolucionario de la junta, profundizar varias de sus medidas y generar una importante movilización social en apoyo a esta.

Por su parte, el Partido Comunista, a través de la Federación Obrera de Chile, intentó reunir organizaciones sindicales y políticas para crear un Comité Revolucionario Obrero y Campesino (CROC) (Garrido 2021, 30). El comunismo oficial se mostró claramente renuente a las nuevas agrupaciones y líderes socialistas, a los que calificó de ‘demagogos’ y ‘fascistas’, acusándolos de desviar a las masas de sus *verdaderos* fines revolucionarios (Waiss 2012, 104; Ulianova 2009b, 187). Pese a su actitud reluctante, los comunistas mantuvieron conversaciones y contactos con la junta revolucionaria, y en algunos casos vieron en la coyuntura la posibilidad de desarrollar un “poder dual” (Ulianova 2009b, 187). De hecho, el Comité Central del Partido Comunista llamó a formar “soviets de obreros, campesinos, mineros, soldados, marineros, carabineros e indios” (Góngora 1981, 100), constituyéndose uno en la casa central de la Universidad de Chile, además de La Legua, población obrera en ese entonces en la periferia sur de Santiago, y en la ciudad de Victoria, en el sur de Chile (Cruz 2012, 44). En definitiva, la actitud predominante del Partido Comunista fue de desconfianza hacia el experimento socialista y sus dirigencias y, dentro de sus posibilidades, buscó desbordarlo, pero sin éxito alguno.

La República Socialista fue acompañada de altos grados de movilización social y de manifestaciones populares callejeras de apoyo. La creciente radicalidad de varios de los sectores que apoyaban a la junta, el temor a que esta derivara hacia rumbos más clasistas y revolucionarios, sumado a las manifestaciones públicas, generaron un creciente malestar en diversos sectores sociales y políticos e incluso en sectores al interior de la junta de gobierno. Las facciones ibañistas de la junta, lideradas por Carlos Dávila, con el apoyo del Ejército, dieron un nuevo golpe de

Estado el 16 de junio, el que llevó al fin de la junta de Puga y Matte, para ser sucedida por otra dirigida por el propio Dávila. Esta mantuvo la nomenclatura de socialista, manteniendo medidas de carácter estatista. Sin embargo, puso un mayor énfasis en el orden público y activó políticas represivas y desmovilizadoras (Simonetti 1993; Valdivia 2017, 297-319). Las organizaciones de la federación de izquierdas, los radical socialistas y el Partido Socialista de Chile de José Dolores Vásquez dieron su apoyo al nuevo gobierno. Sin embargo, los líderes de la junta del 4 de junio fueron detenidos y relegados a Isla de Pascua. La ARST y la FRR negaron su apoyo al nuevo gobierno, organizando manifestaciones en su contra. Por su parte, los comunistas y las agrupaciones de las CROC mantuvieron una férrea oposición al nuevo gobierno. Las observaciones del Foreign Office daban cuenta de esta situación, mostrando las fisuras entre quienes habían llevado adelante la República Socialista de los doce días, el cambio de rumbo imprimido por Dávila y las movilizaciones y protestas realizadas por las organizaciones socialistas revolucionarias. Según sus informes, "[la] destitución de Grove" habría despertado "una fuerte reacción negativa por parte de los elementos extremistas, los cuales cambiaron la principal arteria de la capital en 'un lugar permanente de mítines rojos'" (Stemplowski 1980, 339).

La experiencia de la República Socialista dejó evidencia y colaboró en la delineación de las diferencias entre las organizaciones socialistas que emergían en aquel momento. Por una parte, se encontraban los sectores que reivindicaban el socialismo desde una lógica más bien reformista, dando continuidad y profundizando el reformismo liberal del alessandrismo e incluso del ibañismo; estos se hallaban representados en la Federación de Izquierdas y en los sectores que apoyaron el régimen de Dávila. Por otra parte, se encontraba el mundo comunista, que estaba dividido. Un sector representaba al comunismo oficial, inmerso en el proceso de bolchevización, con una política coalicional aislacionista y leyendo la situación nacional en la clave de las políticas del Tercer Período. Otro se caracterizaba por un comunismo antiestalinista radicalizado, pero abierto a colaborar con las nuevas organizaciones socialistas. En este contexto, las organizaciones socialistas vanguardistas y revolucionarias, si bien diferían en diversos aspectos entre sí, habían tenido la experiencia común de ser el soporte de la junta de los doce días; se habían organizado para defender dicho proceso y habían promovido la movili-

zación social, recelando de la coerción estatal a las movilizaciones populares. En estas últimas organizaciones, si bien aún no era completamente hegemónico, se evidencia una creciente presencia del marxismo. Serían estas las que, en octubre de 1932, se convertirían en el principal soporte de la campaña presidencial de Marmaduke Grove y que convergerían en la formación del PSCh.

El fracaso del experimento de Dávila volvió a abrir el camino a la política electoral, generando las oportunidades para que las agrupaciones socialistas vanguardistas y revolucionarias capitalizaran el apoyo conseguido durante los doce días de la República Socialista. Un golpe de Estado, dirigido por Bartolomé Blanche, puso fin al régimen de Dávila; luego, una reacción 'civilista' dio el poder de manera interina al presidente de la corte suprema Abraham Oyanedel, quien llamó a elecciones para el 30 de octubre de 1932.

Los sectores que habían apoyado la experiencia de los doce días levantaron la candidatura presidencial de Marmaduke Grove y demandaron al gobierno su regreso desde el relegamiento en Isla de Pascua. Grove era un militar proveniente de una familia de clase media de propietarios mineros de Copiapó, descendiente de inmigrantes irlandeses. Había sido uno de los líderes del movimiento político militar reformista de mediados de la década de 1920, aunque con posterioridad rompió con Ibáñez, participando en una bullada conspiración que intentó derrocarlo (Brncic 2003). Si bien su discurso era fuertemente nacionalista y anticomunista, se había vuelto proclive al reformismo social tras la constatación de la situación de los sectores populares, especialmente al entrar en contacto con estos, gracias al Servicio Militar Obligatorio. También se impresionó por la legislación social durante sus años de misión en Alemania, antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. Como sostiene Thomas (1967, 27), a inicios de la década de 1930, Grove "se acercó al socialismo". Grove se mantuvo "esencialmente como un exponente del estatismo de bienestar, y constantemente buscó métodos para incorporar al ejército en sus esquemas de reforma social" (Thomas 1967, 27). Con todo, su discurso político tendía a ser más bien ecléctico y en general no seguía pautas doctrinarias demasiado coherentes.

La campaña fue desarrollada en ausencia de Grove y fue impulsada por diversas organizaciones como la NAP, la OS, el PSU, la recién formalizada ARS y los comunistas antiestalinistas dirigidos por Hidalgo (Garrido

2021, 50). La figura de Grove había pasado a tener una gran popularidad y se convirtió en un liderazgo carismático capaz de conseguir un importante apoyo electoral y a servir de soporte a las organizaciones que promovían su candidatura. Thomas sostiene que “la dirigencia socialista en 1932 desconfiaba de Grove”, especialmente por su laxitud doctrinaria. En su opinión, esta esperaba “relegarlo a un lugar poco importante en el movimiento”. Sin embargo, esta visión más pragmática e instrumental de la relación habría sido desbordada por el propio Grove. “Su figura romántica”, sumada al revuelo generado por la campaña de 1932, “lo habría transformado en el líder” de los nuevos sectores socialistas (Thomas 1966, 33). Hasta cierto punto se generó una tendencia que caracterizaría los primeros años del Partido Socialista: la indistinción entre socialismo y grovismo en cuanto fenómeno electoral y de movilización de masas. La campaña sirvió para poner en valor la fuerza que había adquirido el socialismo y la figura de Grove entre el electorado, al mismo tiempo que permitió desplegarse en el territorio e interactuar afianzando lazos entre sí, evidenciando las amplias posibilidades que abría la unificación socialista (Zemelman, Faletto y Ruiz 1971; Walker 1990, 93).

Pese a que la campaña se realizó en ausencia del candidato, quien se encontraba relegado en Isla de Pascua y que llegó al continente a solo dos días de la elección, y a que la mayor parte de las agrupaciones que lo apoyaban eran de reciente constitución, Grove obtuvo un segundo lugar con un 17,74% de los votos. El candidato socialista solo fue superado por Arturo Alessandri, con un 54,79% de los votos, apoyado por radicales y liberales. Tras Grove quedaron las candidaturas del conservador Héctor Rodríguez de la Sotta, con un 13,76%; del liberal democrático Enrique Zañartu Prieto, con un 12,5%, y el comunista Elías Lafferte, quien apenas obtuvo un 1,2% de los votos. En las elecciones parlamentarias, el PSU obtuvo un diputado y la NAP tres diputados y un senador. En el contexto de un electorado reducido y con partidos tradicionales con amplia capacidad de movilización clientelar, el lugar obtenido por el candidato socialista evidenció un cambio en las preferencias políticas (Vial 2005, 130-137). Estos hechos reflejaban la potencia que adquiriría el socialismo en la política chilena y el espacio que se le abría en el sistema de partidos.

Al llegar Alessandri a la presidencia, la NAP, el PSU y la ARS crearon un Frente Único Socialista (FUS), al que luego se sumaron el PSM y la OS. El FUS se declaró partidario de la aplicación de un “criterio verdadera-

mente socialista” para la solución de los problemas nacionales, y llamaba a realizar, en palabras de Grove, “la transformación económico social mediante la intervención directa de las masas organizadas”. También se declararon opositores al gobierno entrante y rechazaron la posibilidad de realizar pactos con “partidos o entidades directa o indirectamente interesadas en el mantenimiento del régimen de injusticias y persecuciones actualmente existente” (Garrido 2021, 58). El afán socialista revolucionario y la actitud proclive a la movilización social se evidenciaban en estas organizaciones. En efecto, se produjo una mezcla de factores de corto y mediano tiempo que convergieron en los afanes de crear un nuevo partido socialista. Por una parte, las políticas represivas de la administración Alessandri obligaron a un conjunto de agrupaciones pequeñas a coligarse con rapidez. Sin embargo, la experiencia e identidad formadas en torno a la República Socialista y la campaña de Grove, evidenciaron las potencialidades de la unificación para incidir de manera protagónica en el espacio político. Por lo demás, los elementos doctrinarios compartidos sirvieron para diferenciarlos tanto de los grupos socialistas herederos del reformismo liberal como del comunismo en su vertiente bolchevizada y estalinista, generando elementos identitarios comunes que hacían posible la unión.

3. El Partido Socialista de Chile

El 19 de abril de 1933, las organizaciones agrupadas en el FUS acordaron fusionarse formando el PSCh (Jobet 1971; Garrido 2021, 59). En la carta de constitución, Eugenio Matte sostenía lo siguiente:

queda constituido el Partido Socialista, se felicita del éxito que significa para la causa socialista la fusión de todos los grupos que luchan por la implantación de la doctrina y del régimen socialista y declara que tiene la firme convicción de que la unión de todos los trabajadores manuales e intelectuales conducirá a satisfacer los anhelos de redención del Proletariado. (Partido Socialista de Chile 1987)

La composición social del nuevo partido fue pluriclasista. Si bien en sus bases existió una importante presencia obrera, esta convivió con elementos de extracción mesocrática. Esto se hacía notar en sus cuadros dirigenciales, que evidenciaron una importante presencia de sectores de clase media (Drake 1973, 621). Con todo, estos dirigentes podían

distinguirse de los de otros partidos, como el PR. En general, eran “notoriamente más jóvenes” y se encontraban “menos relacionados con la clase alta” (Drake 1992, 132) mediante clubes y otras formas de sociabilidad. Del mismo modo, la mayor parte de ellos tenían poca experiencia política institucional a través de puestos públicos o representativos. La mayoría de sus cuadros dirigenciales respondía a tradiciones laicistas y muchos de ellos eran miembros de la masonería. Se trataba, más bien, de sectores que habían visto caer su estatus y situación económica en los últimos años y que desarrollaron una fuerte crítica antioligárquica, en parte porque habían tenido dificultades para acceder a posiciones de poder. Su ingreso en la arena política reflejaba una importante renovación sociogeneracional en las elites políticas (Drake 1992, 132-133) y puede afirmarse que sus actitudes políticas respondían sobre todo a una situación de incongruencia de estatus (Di Tella 1965; Stern 1969).

Aun así, los socialistas fueron el partido que logró atraer a una mayor cantidad de votantes de clase obrera a lo largo de la década de 1930 (Drake 1992, 132). Los sectores populares presentes en el PSCh eran de extracción fundamentalmente urbana. El socialismo prontamente se volvió fuerte entre los trabajadores del comercio detallista o de actividades laborales independientes, como artesanos y obreros calificados. El PSCh también alcanzó fuerza entre los obreros de la construcción y los trabajadores portuarios de Valparaíso. Se trataba de rubros donde la presencia comunista había sido débil, lo que permitía a una nueva organización de carácter socialista ganar adeptos con mayor facilidad. Varios de estos sectores anteriormente habían tenido vínculos con el anarquismo, con formas apolíticas de sindicalismo, y en algunos casos habían apoyado el alessandrismo y el ibañismo. De hecho, prontamente el Partido Socialista adquirió predominancia en la Confederación Nacional de Sindicatos (CNS), que agrupaba sindicatos legales creados al alero de la legislación laboral desde mediados de la década de 1920, muchos de los cuales habían sido ibañistas y fuertemente cuestionados por los comunistas (Zemelman, Faletto y Ruiz 1971, 60-61; Garcés 2018, 55; Angell 1974, 114).

El partido manifestó desde el comienzo una importante diversidad ideológica. Esta se nota especialmente en los antecedentes y trayectorias militantes de sus fundadores y dirigentes. Una parte relevante de sus cuadros fundadores estaba formada por exanarquistas; también, por personalidades provenientes del mundo reformista liberal, quienes habían

mostrado ligazones con el alessandrismo y cercanía con los radicales, pero radicalizando sus posturas. La propia figura de Marmaduke Grove reflejaba asimismo la importancia de elementos nacionalistas y la deriva hacia el socialismo que habían tenido. Incluso hubo quienes fueron parte del POS de Recabarren (Garrido 2021, 47-62; Drake 1992, 120-131; Walker 1990, 117-123; Godoy 2017, 171-174). Por otra parte, en 1936 se sumó un gran contingente de comunistas antiestalinistas provenientes de la IC, cuando la mayor parte de su militancia acordó ingresar al PSCh. Algunos de sus cuadros mayores eran antiguos dirigentes comunistas e incluso provenientes del POS, que se habían opuesto a las formas que adquiriría el proceso de bolchevización y que habían sido desplazados por el sector oficial. Otros, especialmente entre sus cuadros intelectuales más jóvenes, manifestaban simpatías por el trotskismo y mantenían vínculos con la Cuarta Internacional e incluso contactos esporádicos con el propio Trotsky (Ulianova 2009c).

Si bien entre los cuadros originarios del PS y de los partidos que convergieron en su fundación hubo elementos que defendían visiones más corporativistas antirrevolucionarias, estas fueron mutando sus discursos o abandonando la vida partidaria. Podemos constatar que existieron trayectorias militantes e intelectuales que se alejaron debido a su antimarxismo o incluso para derivar en organizaciones políticas y núcleos intelectuales filofascistas. Fue el caso de Guillermo Izquierdo Araya, quien más tarde llegaría a ser un sobresaliente intelectual y político de diversas organizaciones nacionalistas chilenas. Izquierdo ingresó a la NAP cerca de su fundación, pero prontamente se retiró, disconforme con las orientaciones del partido y la cercanía a la masonería de sus dirigentes (Robertson y Banoviez 1984, 36-37). Otra personalidad, que incluso alcanzó a estar en la fundación del PSCh, fue Juan Gómez Millas, historiador e intelectual de tendencias nacionalista filofascistas. Gómez se retiró del partido poco tiempo después del Primer Congreso y afirmó "haber renunciado al hacerse explícito que las doctrinas marxistas estaban erradas" (Riobó 2021, 22). Cabe destacar que ambos, tras la salida de la NAP y el Partido Socialista, respectivamente, orientaron su participación en movimientos políticos de carácter fascista y más tarde en partidos y grupos nacionalistas e ibañistas. Gómez Millas fue el principal dirigente de la Unión Nacionalista de Chile (UNCh), organización que entre 1943 y 1945 agrupó a exmiembros del naciismo criollo y de otras agrupaciones

nacionalistas (Villanueva 1943). Luego fue ministro de Educación en el segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo y en el de Eduardo Frei Montalva (De Ramón 2003, 159-160). Por su parte, Izquierdo Araya fue parte del Movimiento Nacionalista de Chile, entidad que recogió a los elementos fascistas más puramente doctrinarios entre 1940 y 1943. Con posterioridad se hizo parte de la UNCh y más tarde del Partido Agrario Laborista, apoyando al segundo gobierno de Carlos Ibañez y llegando a ser parlamentario (Robertson y Banoviez 1984, 23-91). Como queda en evidencia, los elementos provenientes del corporativismo y portadores de formas fascistas del nacionalismo buscaron otros derroteros para su desarrollo. También existieron los que rompieron por recelar abiertamente del socialismo de tipo marxista. Claudio Arteaga, importante dirigente de la NAP, se negó a aprobar la fusión en el PSCh por su adhesión al marxismo, llegando a distanciarse personalmente de Eugenio Matte (Thayer 2010, 30).

Pese a la variedad de los antecedentes ideológicos que evidenciaban los fundadores del PSCh, de la amplia gama de corrientes y organizaciones que convergieron en su fundación y de la diversidad de doctrinas y sensibilidades que coexistieron en su interior, el partido fue decantando ideológicamente y tomando opción por un socialismo revolucionario de carácter marxista, aunque no dogmático, abierto a los aportes de otras doctrinas.

Estas directrices ya fueron discutidas en la Convención Provincial Partidaria de Santiago, que tuvo lugar entre el 14 y el 16 de octubre de 1933, y debatidas y definidas en el Primer Congreso del Partido, entre el 28 y el 31 de octubre de 1933 (Jobet 1971, 81 y 85). En dicha ocasión se redactó la Declaración de Principios en la que fue ratificado el carácter marxista del Partido, pero se entendió a este en un sentido amplio, abierto y que renegaba de los intentos de generar interpretaciones ortodoxas. Así, la declaración decía que “el Partido acepta como método de interpretación de la realidad el marxismo enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos y revolucionarios del constante devenir social” (Partido Socialista de Chile 1934a). Óscar Waiss recordaba que la visión planteada por el PSCh de un marxismo sometido a revisión, a la vez que la apelación a la dictadura de ‘los trabajadores’, en lugar de proletariado —lo cual implicaría un mayor protagonismo de los empleados y trabajadores intelectuales—, habrían generado escozor entre

otras organizaciones políticas de raigambre comunista (Waiss 1986, 48). Esta interpretación del marxismo, que servía especialmente para distinguirse de los comunistas, situándose dentro de un mismo campo revolucionario, a la vez que para cohesionar a grupos socialistas de diversos orígenes que convergieron de manera rápida en un nuevo partido, fue un aspecto en el cual se insistió en las declaraciones partidarias. Así, la dirigencia del PS se ocupó de profundizar y explicar este tema en sus órganos oficiales:

Obligado por la divulgación creciente a la que lo sometieron las exigencias de la lucha política, [el marxismo] fue perdiendo su primitivo carácter de doctrina científica hasta llegar a una categoría muy semejante a la de dogma. Como todos los dogmas tiene sus renegados, sus herejes, sus patriarcas y sus mártires. Identificó su suerte a la de diversos partidos socialistas, cada uno de los cuales pretendía seguir e interpretar exclusivamente la verdadera doctrina del maestro [...] No va a caer el Partido Socialista en la inconsecuencia de formular rígidamente los menores detalles de la orientación marxista que sustenta, ni tratar de imponerles obligatoriamente a sus militantes. (Consigna 1934, 2)

La crítica a las interpretaciones ortodoxas y la definición por un marxismo amplio permitía reforzar la autonomía internacional:

Así, son y fueron marxistas Lenin y Kautsky, MacDonald y Vandervelde, Stalin y Trotsky. Los socialdemócratas hacen del marxismo una explicación de su cómoda actitud colaboracionista, la III Internacional le da una consagración parecida a la que recibió el cristianismo de la Iglesia Católica y Trotsky desterrado lo predica contra Stalin triunfante. Todos son marxistas, todos esgrimen los textos y la doctrina del maestro y sus más ilustres exégetas para combatirse ciegamente entre sí. (Consigna 1934, 2)

En la decantación por un marxismo no ortodoxo, abierto a otras influencias, pero a la vez revolucionario, con pretensiones clasistas y latinoamericanista, confluyeron diversos elementos de su experiencia fundacional. Las organizaciones que participaron de la fundación del PSCh fueron aquellas que habían defendido la fase más radical del desarrollo de la República Socialista, habían pugnado por profundizarla y habían apoyado las movilizaciones sociales en torno a ella. En general se habían decepcionado y alejado del reformismo liberal. Varias de ellas provenían de tradiciones marxistas y otras se les acercaron rápidamente durante este período fundacional.

A lo largo de esta etapa fundacional, los medios socialistas se preocuparon especialmente de marcar distancia de las corrientes pro-

clives al socialismo de Estado y de las que evidenciaban reminiscencias corporativistas. Estos desvelos se fundamentaban en la necesidad de aclarar la identidad de un partido de reciente fundación en el que habían convergido elementos con trayectorias militantes e identidades políticas de diverso origen y que emergía en un momento en el que distintas corrientes reclamaban como suyo el concepto de socialismo (CGU 1935, 2; Consigna 1935, 2).

El PSCh también fue definido como un partido de carácter revolucionario y anticapitalista. Así, se sostuvo la inevitabilidad de la lucha de clases y se planteó que “la clase capitalista está representada por el Estado actual, que es un organismo de opresión de una clase sobre otra. Eliminadas las clases debe desaparecer el carácter opresor del Estado, limitándose a guiar, armonizar y proteger las actividades de la sociedad” (Partido Socialista de Chile 1934a). También se destacó la necesidad de superar el capitalismo, el que “necesariamente” sería “reemplazado por un régimen económico socialista en que dicha propiedad privada se transforme en colectiva. La producción socializada se organiza por medio de planes ordenados y sistematizados científicamente, conforme a las necesidades colectivas” (Partido Socialista de Chile 1934a). Finalmente, si bien el PSCh defendió el internacionalismo, dejó en claro su carácter autónomo, latinoamericanista y antiimperialista, recalcando que

la doctrina socialista es de carácter internacional y exige una acción solidaria y coordinada de los trabajadores del mundo. Para iniciar la realización de este postulado, el Partido Socialista propugnará la unidad económica y política de los pueblos de Latinoamérica, para llegar a la Federación de las Repúblicas Socialistas del Continente y a la creación de una economía antiimperialista. (Partido Socialista de Chile 1934a)

Estas definiciones ideológicas tuvieron correlato en su organización interna. El PSCh, según Jobet, se estructuró como un partido “democrático y revolucionario, basado en el núcleo, repudiándose el sistema de asambleas”, las que fueron calificadas de “irresponsables” (Jobet 1971, 86). El liderazgo del partido recaería en un secretario general y en un comité central directivo, elegido por el Congreso (Partido Socialista de Chile 1934b). Aunque no lo nombraba y lo establecía de manera atemperada, dicho sistema se inspiraba en una idea vanguardista y cercana al centralismo democrático leninista. En unas notas posteriores sobre el Primer Congreso del PSCh, Adonis Sepúlveda —quien fuese subsecre-

tario general del PSCh a fines de 1960 e inicios de 1970— sostuvo que al ser el núcleo la base de organización, el PSCh habría tenido una “forma leninista de estructura que en los primeros años se respeta rígidamente” (Sepúlveda s/f, 2). Creemos que dicha aseveración debe ser seriamente matizada, pues la organización del partido nunca respondió de manera integral a dicho espíritu. Esto, en parte por las propias contradicciones del modo en que fue planteado y especialmente porque al interior del PSCh se mantuvo una tendencia al faccionalismo y una cultura política marcada por el asambleísmo y el caudillismo.

4. Conclusiones

La coyuntura fundacional del PSCh y las peculiaridades de las organizaciones que le dieron origen marcaron varias características de larga duración en su historia. Estas ayudan a explicar las decisiones y definiciones que más tarde tomaron sus dirigentes e intelectuales, e incluso sus contradicciones entre discursos y praxis. Por una parte, explican cómo el socialismo chileno buscó mostrarse como una alternativa revolucionaria autónoma al comunismo, negándose a asumir una identidad socialdemócrata. La coyuntura de entreguerras, con un movimiento socialista europeo a la defensiva y desprestigiado, en especial tras la experiencia de la Primera Guerra Mundial, sumada a la crisis del capitalismo liberal luego de la crisis de 1929, llevaron a que las organizaciones que formaron el PSCh rechazaran formas de socialismo de Estado que podían asimilarse o verse como una continuidad con el liberalismo reformista y asumieran una vía revolucionaria. La caracterización de su dirigencia, en general, aunque no exclusivamente mesocrática, pero de escasos vínculos con la elite e incidencia política, junto a sus bases obreras, dieron sustento social a estas definiciones.

En el socialismo chileno, el apelativo de ‘socialdemócrata’ llegó a tener connotaciones peyorativas e incluso en momentos en que el partido se hizo parte de gobiernos de tintes reformistas mantuvo un discurso revolucionario y vivió fuertes crisis internas generadas por los sectores que clamaban por una política clasista y revolucionaria. No es de extrañar que el partido haya vivido varios momentos de radicalización, los que muchas veces eran asumidos como ‘recuperacionismo’ de sus fuentes. La crisis del liberalismo y de la política parlamentaria de la década de 1930,

fomentó la valoración formal de modos vanguardistas y jerarquizados de organización, pese a que las tendencias al asambleísmo y al faccionalismo, derivadas de su heterogeneidad inicial, se mantuvieron en el tiempo. Con todo, la emergencia del antifascismo en sus primeros años de desarrollo, atemperó algunas de sus tendencias a la radicalidad. Si bien los devaneos corporativistas y funcionalistas de algunas de sus organizaciones formativas perdieron vigencia tras formarse el Partido Socialista de Chile, estas tuvieron continuidad programática en la crítica de la democracia liberal y la defensa, especialmente desde fines de la década de 1940 y hasta los años sesenta, del concepto de 'democracia de los trabajadores'; la promoción de la autogestión obrera y más tarde la defensa del 'poder popular'. Esto, en oposición al verticalismo planificador de rai-gambre soviética y a las tendencias más estatistas en la izquierda.

Por otra parte, el PSCh defendió una concepción autónoma y nacionalista del socialismo, fundamentada en un ideal antiimperialista de carácter continental, con un fuerte y permanente contenido programático económico y, aunque de manera más débil y exclusivamente retórico, con un lenguaje étnico indoamericanista en sus primeros años. Con todo, la idea de 'lo nacional', presente en el PSCh, no tendió a incluir lo indígena, sino que se fundó en una visión mayormente totalizante e integradora, inconscientemente heredada de la tradición liberal (Acevedo 2019, 127-130). Esta tendencia antiimperialista, heredada del pensamiento identitarista latinoamericano del que se nutrieron sus cuadros fundacionales, llevó a que más tarde el partido mantuviera relaciones con partidos y movimientos nacional populares latinoamericanos, como el APRA peruano, el cardenismo mexicano y más tarde el Movimiento Nacionalista Revolucionario boliviano, del mismo modo que valorara a movimientos de descolonización y liberación nacional en la posguerra y experiencias socialistas de carácter autónomo como lo fue el titoísmo yugoslavo. En este sentido, la inmersión del PSCh en el imaginario tercermundista durante la Guerra Fría y más tarde su apoyo a la Revolución Cubana tienen muchos elementos de continuidad. Si bien mantuvo relaciones con los partidos socialistas conosureños, estas fueron muchas veces distantes, siendo percibidos como socialdemócratas y europeizantes. Los intentos de entablar relaciones con la Internacional Socialista en la década de 1950 fueron decepcionantes e infructíferos. El PSCh recién recompuso sus relaciones con la Internacional Socialista durante la dicta-

dura militar y solicitó su ingreso a ella en 1990, y aunque fue parte de los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia, con sus políticas económicas y sociales de reforma gradualista dentro del mercado, nunca ha aceptado definirse como socialdemócrata.

En este sentido, la formación del PSCh es un ejemplo de cómo las condiciones y decisiones tomadas al formarse una organización política tienen consecuencias que persisten en el tiempo, generan tradiciones y ponen marcos que constriñen en forma relativa la capacidad de acción de los agentes históricos.

Bibliografía

- Acevedo, N. 2019. ¿Un racismo en la izquierda? El Partido Socialista, las organizaciones mapuche y la colonización agrícola. *Divergencia* 8(13), 115-134.
- Alvarado, M. (ed.) 2022. *Alfredo Lagarrigue. Un positivista precursor de la Vía Chilena al Socialismo*. Santiago: LOM.
- Angell, A. 1974. *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. México DF: Era.
- ARS 1932a. *Acción Revolucionaria Socialista*. Santiago: sin imprenta.
- ARS 1932b. Una revolución en marcha. *El Socialista*, 8 de octubre, 1.
- ARS 1987. ¿Qué es la A.R.S.? Es un organismo de combate, de construcción, revolucionario y creador (179-181). En Devés, E. y Díaz C. (comps.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología. 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Barnard, A. 1983. El Partido Comunista de Chile y las políticas del Tercer Período (1931-1934). *Nueva Historia* 8, 211-250.
- Braun, J., Braun, M., Briones, I., Díaz J., Lüders, R. y Wagner, H. 2000. Economía Chilena. 1810-1995. Estadísticas Históricas. Documento de Trabajo 187, Instituto de Economía, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Bravo, P. 2000. 'Los socialistas de antes no usaban gomina'. Arturo Velásquez, un luchador centenario. *Punto Final*, 7 de abril, 12-13.
- Brcic, M. 2003. *Marmaduke Grove. Liderazgo ético*. Santiago: Ediciones Tierra Mía.
- Buckler, S. y Dolowitz, D. 2009. Ideology, Party Identity and Renewal. *Journal of Political Ideologies* 14(1), 11-30.
- CGU 1935. El funcionalismo, hermano siamés del fascismo. *Consigna*, 29 de junio, 1-2.
- Camarero, H. 2011. El Tercer Período de la Comintern en versión criolla. A contracorriente. *Revista de Historia Social y Literatura en América Latina* 8(3), 203-232.
- Cid, G. y Fernández, C. 2020. De 'ridículo sainete filosófico' a 'doctrina santa y elevada': los conceptos de socialismo y comunismo en el debate público chileno del siglo XIX. *Historia* 53(1), 45-72.
- Collier, R.B. y Collier, D. 1991. Framework: Critical Junctures and Historical Legacies (27-39). En Collier, R.B. y Collier, D. (eds.), *Shaping the Political Arena. Critical Junctures, the Labor Movement and Regime Dynamics in Latin America*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Consigna 1934. Comentarios a la Declaración de Principios del Partido Socialista. El marxismo, método de interpretación. *Consigna*, 9 de junio, 2.
- Consigna 1935. Venturas y desventuras de D. José Dolores Vásquez. Retorcijones. *Consigna*, 23 de marzo, 2.

- Corvalán, A. 1932. *Estudio crítico del Plan Dávila*. Santiago: Universidad Carlos Marx.
- Corvalán, L. 2015. Identidad, ideología y política en el Movimiento Nacional Socialista de Chile, 1932-1938. *Izquierdas* 25, 76-119.
- Corvalán, L. 2016. Orígenes, trayectoria e identidades ideológicas de la milicia republicana, 1932-1936. *Izquierdas* 29, 149-185.
- Cruz, L. 1969. Historia social de Chile: 1931-1945. Los partidos populares: 1931-1941. Memoria, Universidad Técnica del Estado.
- Cruz, L. 2012. *La República Socialista del 4 de junio*. Santiago: Ediciones de la Biblioteca Clodomiro Almeyda.
- De Ramón, A. 2003. *Biografías de chilenos: miembros de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial (1876-1973)*, Tomo II. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Devés, E. 2000. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*. Santiago: Biblos, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Devés, E. y Díaz, C. 1987. *El pensamiento socialista en Chile. Antología. 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Di Tella, T. 1965. Populismo y reforma en América Latina. *Desarrollo Económico* 16(4), 391-425.
- Dotti, J.E., Blanco, A., Plotkin, M. y García, L. 2008. Encuesta sobre el concepto de recepción. *Políticas de la Memoria* 8(9), 1-19.
- Drake, P.W. 1973. The Chilean Socialist Party and Coalition Politics, 1932-1946. *Hispanic American Historical Review* 43(4), 619-643.
- Drake, P.W. 1992. *Socialismo y populismo en Chile. 1936-1973*. Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso.
- Enciclopedia Chilena 1948-1971a. Partido Radical Socialista. Santiago: Biblioteca del Congreso Nacional, 1-5. Disponible en: https://es.wikisource.org/wiki/Archivo:ECH_2840_34_-_Radical_Socialista,_Partido.djvu [27 de mayo 2023].
- Enciclopedia Chilena 1948-1971b. Partido Social Republicano. Santiago: Biblioteca del Congreso Nacional, 1-4. Disponible en: https://es.wikisource.org/wiki/Archivo:ECH_2838_58_-_Social_Republicano,_Partido.djvu [27 de mayo 2023].
- Espagne, M. 2013. La notion de transfert culturel. *Revue Sciences/Lettres* 1. Disponible en: <http://rsl.revues.org/219> [22 de enero 2017].
- Frías, R. 1939. *Ubicación histórica del cuatro de junio. Plan de Gobierno del 4 de junio de 1932*. Santiago: Departamento de Publicaciones del Partido Socialista.
- Garcés, M. 2018. *El movimiento obrero y el Frente Popular (1936-1939)*. Santiago: LOM.
- Garrido, P. 2021. Clasistas, revolucionarios y antiimperialistas. Trayectoria política e intelectual del socialismo chileno contemporáneo. 1932-1973. Santiago: Ariadna.
- Godoy, E. 2017. Alejandro Escobar y Carvallo, Julio Cesar Jobet y el rescate de la historia del movimiento obrero en Chile. *Espacio Regional* 14(1), 171-180.
- Góngora, M. 1981. *Ensayo histórico de la noción de Estado en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago: Ediciones La Ciudad.
- Greener, I. 2005. State of the Art: The Potential of Path Dependence in Political Studies. *Politics* 25(1), 62-72.
- Grez, S. 2015. Un episodio de las políticas del Tercer Período de la Internacional Comunista: elecciones presidenciales en Chile, 1931. *Historia* 48(2), 465-503.
- Grez, S. 2016. *El Partido Democrático de Chile. Auge y ocaso de una organización política popular (1887-1927)*. Santiago: LOM.
- Hernández, S. 2021. *La persistencia en el exilio. Redes político-intelectuales de los apristas en Chile (1922-1945)*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

- Jara, I. 2010. ¿Judeofobia de baja intensidad? Jorge González Von Mareés y el 'nacismo' frente al 'nazismo' (1932-1939). *Cuadernos Judaicos* 27, 1-31.
- Jobet, J.C. 1971. *El Partido Socialista de Chile*. Santiago: Prensa Latinoamericana.
- La Nación 1932a. Gran actividad desarrolla el Partido Socialista Unificado. *La Nación*, 14 de junio, 7.
- La Nación 1932b. Cinco nombres se dan como candidatos a la Presidencia de la República. *La Nación*, 18 de septiembre, 15.
- La Nación 1932c. Labor desarrollada por las agrupaciones demócratas el día de ayer. *La Nación*, 9 de junio, 10.
- Lagarrigue, A. 2022. Programa de acción inmediata (1932). Plan Lagarrigue (203-217). En Alvarado, M. (ed.), *Alfredo Lagarrigue. Un positivista precursor de la Vía Chilena al Socialismo*. Santiago: LOM.
- Massardo, J. 2008. *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren: contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena*. Santiago: LOM.
- McGee Deutsch, S. 2005. *Las derechas: la extrema derecha en la Argentina, Brasil y Chile, 1890-1939*. Buenos Aires: Editorial Universidad Nacional de Quilmes.
- Meneghello, R. 2011. Estudio introductorio (11-34). En Meneghello, R. (comp.), *Eugenio Matte Hurtado. Textos políticos y discursos parlamentarios*. Santiago: LOM, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Moraga, F. 2009a. ¿Un partido indoamericanista en Chile? La nueva acción pública y el Partido Aprista Peruano (1931-1933). *Histórica* 33(2), 109-156.
- Moraga, F. 2009b. El asesinato de Héctor Barreto y la cultura política de la izquierda chilena en la década de 1930. *Universum* 24(2), 114-138.
- Moraga, F. 2014. Vanguardias políticas en el sur del mundo: la evolución del Partido Socialista Marxista y el Partido Socialista de Magallanes. *Pacarina del Sur* 19. Disponible en: <http://pacarinadelsur.com/home/huellas-y-voces/946-vanguardias-politicas-en-el-sur-del-mundo-la-evolucion-del-partido-socialista-marxista-y-el-partido-socialista-de-magallanes-1931-1935> [27 de mayo 2023].
- Moulian, T. 2009. *La forja de ilusiones: el sistema de partidos, 1932-1973*. Santiago: Akhilleus.
- Nueva Acción Pública 1987. Mensaje al Pueblo de Chile de la Nueva Acción Pública (157). En Devés, E. y Díaz, C. (eds.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología. 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Nueva Acción Pública 2011. Declaración de Principios (211). En Meneghello, R. (comp.), *Eugenio Matte Hurtado. Textos políticos y discursos parlamentarios*. Santiago: LOM, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Orden Socialista 1931. *Principios fundamentales. Programa integral. Estatuto*. Santiago: Imprenta Libertad.
- Orden Socialista 1987. Edicto de la Orden Socialista (168-169). En Devés, E. y Díaz, C. (comps.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología. 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Palma, E. 2017. El Estado socialista según la legislación irregular de Carlos Dávila (junio-septiembre de 1932). *Estudios Constitucionales* 15(1), 373-404.
- Partido Socialista de Chile 1934a. Declaración de Principios del Partido Socialista. *Consigna*, 19 de mayo, 1.
- Partido Socialista de Chile 1934b. Estatuto Orgánico. *Núcleo*, 1 de agosto, 3-12.
- Partido Socialista de Chile 1987. El Acta de Fundación del Partido Socialista (182-183). En Devés, E. y Díaz, C. (comps.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología. 1893-1933*. Santiago: Documentas.

- Partido Socialista Marxista 1987a. Se ha formado en San Felipe el Partido Socialista Marxista. Manifiesto (156). En Devés, E. y Díaz, C. (comps.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología. 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Partido Socialista Marxista 1987b. Manifiesto del Partido Socialista (157). En Devés, E. y Díaz, C. (comps.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología. 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Partido Socialista Unificado 1932. El Partido Socialista Unificado dirige un manifiesto a las seccionales. *La Nación*, 15 de junio, 6.
- Pinto, J. 2020. ¡La cuestión social debe terminar! La dictadura de Carlos Ibáñez en clave populista, 1927-1931. *Historia* 53(2), 591-629.
- Pollack, B. y Rosenkranz, H. 1986. *Revolutionary Social Democracy: The Chilean Socialist Party*. London: Pinter.
- Ponce, P. 1994. *Óscar Schnake Vergara. Comienzos del socialismo chileno (1933-1942)*. Santiago: Documentas.
- Potashnik, M. 1974. Nacismo: National Socialism in Chile, 1932-1938. Tesis (PhD), University of California, Los Angeles.
- Riobó, E. 2021. Algunas formulaciones posibles del par civilización-cultura en el pensamiento de Juan Gómez Millas. *Cuadernos Americanos* 177, 91-123.
- Robertson, E. y Banoviez, P. 1984. Testimonio histórico. Guillermo Izquierdo Araya. *Dimensión Histórica de Chile* 1, 23-91.
- Rodríguez, M. 2019. La Unión Social Republicana de Asalariados de Chile y el Partido Comunista: alianza, tensiones y ruptura en un episodio del movimiento obrero (1925-1928). *Revista Divergencia* 12, 127-146.
- Rojas, J. 1993. La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931). Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Salinas, R. 2021. Los principios comunes entre la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria en Chile y la Masonería. *Boletín de Políticas Educativas y Gestión* 8(8), 58-66.
- Scott, H. 2009. *Pensando el Chile nuevo. Las ideas de la revolución de los tenientes y el primer gobierno de Ibáñez. 1924-1930*. Santiago: Bicentenario.
- Scully, T. 1992. *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. Santiago: CIEPLAN, Notre Dame.
- Sepúlveda, A. s/f. I Congreso General Ordinario. Santiago, 28, 29, 30 y 31 de octubre de 1933. Notas. En Archivo Adonis Sepúlveda. Biblioteca Clodomiro Almeyda. Disponible en: <https://www.socialismo-chileno.org/PS/congresos/primerocomit%C3%A9%20central.pdf> [27 de mayo 2023].
- Simonetti, S. 1993. *El gobierno de Carlos Dávila. 16 de junio-13 de septiembre de 1932*. Tesis (Lic.), Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Stemplowski, R. 1980. La República Socialista de Chile de 1932 vista por el Foreign Office. (Una reconstrucción de la imagen, basada en materiales del Public Record Office). *Estudios Latinoamericanos* 6(2), 333-342.
- Stern, C. 1969. La investigación norteamericana sobre las consecuencias de la incongruencia de estatus: revisión y crítica. *Revista Mexicana de Ciencia Política* 57, 337-357.
- Sznajder, M. 1992. El Nacional Socialismo chileno en los años treinta. *Mapocho* 32, 169-193.
- Tarrow, S. 1997. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Te Velde, H. 2005. Political Transfer: An Introduction. *European Review of History* 12(2), 205-221.

- Thayer, W. 2010. *Memorias ajenas*. Santiago: Andrés Bello.
- Thelen, K. 1999. Historical Institutionalism in Comparative Politics. *Annual Review of Political Science* 2, 369-404.
- Thomas, J.R. 1966. Marmaduke Grove and the Chilean National Election of 1932. *The Historian* 29(1), 22-23.
- Thomas, J.R. 1967. The Evolution of a Chilean Socialist: Marmaduke Grove. *Hispanic American Historical Review* 27(1), 22-37.
- Ulianova, O. 2009a. Una crisis escuchada como la obertura de la revolución (15-54). En Riquelme, A. y Ulianova, O. (eds.), *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, Tomo 2: *Komintern y Chile 1931-1935*. Santiago: LOM, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Ulianova, O. 2009b. República Socialista y soviets en Chile. Seguimiento y evaluación de una ocasión revolucionaria perdida (173-206). En Riquelme, A. y Ulianova, O. (eds.), *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, Tomo 2: *Komintern y Chile 1931-1935*. Santiago: LOM, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Ulianova, O. 2009c. Inserción internacional del socialismo chileno 1933-1973 (26-49). En Ulianova, O. (ed.), *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*. Santiago: Ariadna.
- Ulianova, O. 2015. Chile en el mundo (107-151). En Fermandois, J. y Ulianova, O. (coords.), *América Latina en la historia contemporánea, Chile mirando hacia adentro*, Tomo 4: *1930-1960*. Madrid: Taurus, Mapfre.
- Urtubia, X. 2017. *Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile. La transformación del militante tradicional, 1924-1933*. Santiago: Ariadna.
- Urzúa Valenzuela, G. 1992. *Historia política de Chile y su evolución electoral. Desde 1810 a 1992*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile.
- Valdivia, V. 1992. *Las milicias republicanas. Los civiles en armas, 1932-1936*. Santiago: Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Valdivia, V. 2017. *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1938)*. Santiago: LOM.
- Vega, M. 2012. ¿Hidalguismo versus laffertismo? Crisis y representación del comunismo en Chile, 1929-1933 (97-114). En Ulianova, O., Loyola, M. y Álvarez, R. (eds.), *El siglo de los comunistas chilenos 1912-2012*. Santiago: Ariadna.
- Venegas, D. 2016. Progresión doctrinaria del Partido Socialista de Chile: los programas de 1935 y 1948. *Tiempo y Espacio* 36, 21-37.
- Vergara, A. 2015. Los trabajadores chilenos y la gran depresión. 1930-1938 (73-108). En Drinot, P. y Knight, A. (eds.), *La Gran Depresión en América Latina. Paulo Drinot y Alan Knight*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Vergara, A. 2020. Cuando el Estado no protege: las duras lecciones de la crisis de 1930. CIPER Chile, 30 de junio. Disponible en: <https://www.ciperchile.cl/2020/05/31/cuando-el-estado-no-protege-las-duras-lecciones-de-la-crisis-de-1930/> [27 de mayo 2023].
- Vial, G. 1997. *Historia de Chile 1891-1973*, Tomo 4: *La dictadura de Ibáñez*. Santiago: Zig Zag.
- Vial, G. 2005. Las elecciones presidenciales de 1931 y 1932 y el retorno del León (117-137). En San Francisco, A. y Soto, A. (eds.), *Camino a La Moneda. Las elecciones presidenciales en la historia de Chile, 1920-2000*. Santiago: Bicentenario, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Villanueva, H. 1943. *¡La revolución que Chile espera! Mensaje a las juventudes nacionales*. Santiago: Ediciones Portalianas.

- Waiss, O. 2012. La República Socialista. Dos rectificaciones (103-105). En Cruz, L. (ed.), *La República Socialista del 4 de junio*. Santiago: Ediciones de la Biblioteca Clodomiro Almeyda.
- Walker, I. 1990. *Socialismo y democracia. Chile y Europa en perspectiva comparada*. Santiago: CIEPLAN.
- Witker, A. 1993. *Historia documental del PSCh. 1933-1993. Forjadores y signos de renovación*. Concepción: IELCO.
- Zapata, F. 1993. *Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Zemelman, H., Faletto, E. y Ruiz, E. 1971. *Génesis histórica del Proceso político chileno*. Santiago: Quimantú. *EP*